

DESEMBARCO

Seudónimo: PIPEN

CATEGORÍA: MATRICULADOS CUENTO

La barcaza metálica se sacude con violencia en un mar embravecido. Debe hacer media hora que navega bajo un frío polar azotado por el agua que entra en la embarcación. Teme que en cualquier momento la caja de hierro en la que viaja de una vuelta de campana y lo arroje a afuera. A él y a los demás. Si eso ocurriese, el peso del equipo que cargan los hundiría sin remedio en las gélidas aguas del Canal de la Mancha. La proa cabecea cuando choca contra las olas, la barcaza queda unos segundos suspendida en el aire y cae luego con estruendo para volver a elevarse en una sucesión de movimientos vertiginosos. Una parte del agua que esparce en su embestida cae dentro con fuerza y los empapa. Están ateridos y van a entrar en acción por primera vez... Es la madrugada de un día impreciso del mes de junio. ¿Será el cuatro? El día de su cumpleaños aparece entre los pensamientos que fluyen sin control. Las imágenes del festejo familiar el año anterior en Jacksonville acuden presurosas para aliviarlo. Papá, mamá y Tommy encienden la única vela que emerge de una torta blanca, gigantesca. Junto a la vela, alguien ha clavado el número diecinueve. Sus amigos festejan alborozados. Bety lo besa y lo abraza...

El jefe de la compañía, un capitán, recibe instrucciones por la radio mientras todos allí dentro suben y bajan al ritmo de las olas. Es un gigante de casi dos metros que sobresale por encima de todos. Tiene un estrecho vínculo con los soldados, a los que ha entrenado durante meses. Cada tanto, asoma la cabeza fuera de la barcaza y responde algo a su interlocutor. Derrocha coraje. Él y los demás soldados lo miran con atención. Saben que en cualquier momento el capitán lanzará la orden. La temida orden.

Revisa su equipo. Siente que le tiemblan las manos. No, no son solo las manos, es todo el cuerpo el que tiembla, como si lo recorriera una corriente eléctrica. Es por el frío, o por el agua helada. O es por el miedo. La cabeza se le llena de recuerdos y presagios. *"Benjamín, ¿vas a matar muchos alemanes? No, Tommy, no mataré a ninguno. No podría matar a alguien..."*.

Los soldados de la compañía ya escuchan los primeros estampidos. Son más estruendosos a medida que avanza la barcaza. Cada tanto, un obús silba sobre sus cabezas y explota cerca al chocar contra el agua. La nave se sacude. Él y otros dos soldados caen de rodillas sobre el piso anegado de la embarcación. Algo golpea a repetición contra las paredes metálicas de la nave y el capitán les grita que bajen la cabeza. Lejanos, se escuchan los tableteos de las ametralladoras. Sabe que las municiones que vomitan les buscan el cuerpo y se estremece. Por instinto, se ajusta el casco bajo la pera. Sus ojos se cruzan con los del soldado pegado a su lado. Está aterrorizado. Igual que él. Quieren decirse algo, pero no pueden. Vuelve la fiesta de su cumpleaños. Y la promesa hecha a Bety antes de partir...

El capitán grita una orden: *"¡¡Compañía, Atención!!* Enseguida, otra: *¡¡Prepararse!!"* El momento ha llegado. El corazón le golpea con fuerza dentro del pecho. Quiere vomitar. No puede. No hay tiempo para eso. Siguen los gritos del capitán: *"¡¡Cuando baje esa rampa, quiero ver que todos se arrojen fuera de este cacharro y empiecen a correr a toda prisa, y quiero que corran, corran y corran siempre detrás mío!!"*. En la instrucción el capitán les había reiterado hasta el cansancio: *"moverse rápido dentro del agua, siempre detrás del jefe de la compañía, nunca detenerse. Al llegar a la playa seguir corriendo hasta encontrar un refugio seguro. Y disparar contra todo lo que se mueva adelante."* Vuelve a ajustarse el casco y aprieta con fuerza el fusil contra el

pecho; el pecho donde bombea con fuerza su descontrolado corazón. La nave empieza a detenerse y sigue siendo blanco de la metralla. En pocos segundos alguien bajará la rampa de la barcaza y se desatará el infierno. Sabe que tendrá que correr y rezar para que una bala no lo alcance. *No me alcanzará ninguna*, se promete y eso lo tranquiliza. La sonrisa angustiada de Bety cruza por su memoria en el momento en que la rampa comienza a descender. "*No me alcanzará ninguna...*", le ha prometido...

El capitán ordena a los gritos que abandonen la nave aun cuando la rampa no ha terminado de bajar. Los soldados que están adelante se paralizan unas décimas de segundos. La indecisión les resulta fatal. Tres de ellos caen heridos de muerte. Los que siguen detrás no saben qué hacer. Sin dejar de gritar órdenes, el capitán los empuja y los tira fuera de la barcaza. Algunos caen al agua y nadan como pueden en medio de la confusión. Otros quedan flotando sobre el agua enrojecida. Es su turno para abandonar el barco. Ya no piensa. Lo que está viendo le hace olvidar su entrenamiento. Los ayes de dolor que provienen del mar lo paralizan. El capitán lo toma del cuello de la campera y lo arroja con violencia al mar. Cae desparramado y se sumerge por el peso del equipo que carga. Cuando emerge, empieza a caminar dificultosamente con el agua a la cintura. Le cuesta, pero tiene que correr. Trata, debe moverse rápido o será un blanco fácil. Se da vuelta para buscar al capitán y seguirlo. La barcaza está vacía. Ve al capitán acostado sobre la rampa. El oleaje sube y baja la rampa y esta al capitán, que parece mirar al infinito. Un hilo de sangre le cae de la boca y recorre un camino serpenteante hasta llegar al agua. Tiene que correr, no debe detenerse. ¿A quién seguir? Tropieza con cuerpos ensangrentados que flotan. Uno de ellos está boca arriba. Es el compañero con el que intercambiaba miradas antes de que ese infierno se desatara. Correr, correr... Las balas silban cerca suyo y repiquetean en el agua. Percibe el zumbido agudo de la munición en su veloz viaje

hacia el fondo marino. Cada tanto, un obús estalla en las inmediaciones. Ya casi llega a la playa. Sobre la arena será otra cosa. Se sabe veloz. Tiene ahí más chances de sobrevivir. Pero ¿a quién seguir? El desembarco es un completo caos. No hay un jefe. No hay una voz que dirija. Es un *sálvese quien pueda*. Todos corren. La mayoría muere en el intento. Escapan hacia adelante, donde los espera el enemigo. Una carrera demencial hacia la muerte. Una locura, como lo es la maldita guerra. Una locura con camino de ida solamente.

Corre sobre la arena. El equipo pesa el doble de lo que pesaba antes de que lo tiraran al agua. Pero hay que correr. Mientras avanza en zigzag, como le han enseñado, mira hacia arriba. A la derecha, sobre una colina a unos doscientos metros, ve una casamata que se ilumina con los disparos. A la izquierda, en lo alto de una arboleda a la misma distancia que la anterior, algo escupe fuego graneado contra la invasión. Piensa. Estará a salvo si consigue alcanzar un sitio debajo de la línea de fuego de ambas fortificaciones. Después vería qué hacer. Corre. Al frente, a cien metros, lo esperan los primeros árboles de un tupido bosque. Puede haber allí soldados alemanes. "*Jamás mataría a alguien*". Pero no tiene alternativa. Debe buscar protección, y después pensar.

Corre bajo una lluvia de balas. Las municiones que le disparan desde las fortificaciones se entierran en la arena muy cerca de él con un sonido seco y apagado. Una sola bala que lo alcance y lo dejará fuera de combate. Llega al monte sin un rasguño. Se tira bajo un árbol. Mira al interior del follaje y no ve ningún movimiento humano. No hay soldados enemigos. Tampoco sus aliados. Ya no le disparan. Está bajo la línea de fuego enemigo, fuera del alcance de las ametralladoras. Cierra los ojos y aprieta el fusil contra su pecho, como un festejo por su primera victoria.

Aprovecha para recuperar el aliento. Mira a la playa para ver si llega algún soldado de su compañía. Está solo, sin jefe y tiene que decidir por él mismo. En la instrucción le han enseñado lo que debe hacer en esos casos: buscar al jefe de otra compañía y sumarse a ella. Pero, con su excepción, ningún soldado aliado ha conseguido llegar aun hasta esa línea. Los sobrevivientes de su grupo pueden estar en cualquier lado. Desde su posición, ve que la playa tiene varios kilómetros de extensión y que todavía siguen llegando barcasas con más compañías. Ve también que está sembrada de cadáveres. Tiene que internarse en el monte, buscar un refugio y esperar allí. Es lo que estarán haciendo los soldados de las otras compañías que consiguieron llegar a los árboles. Su vida depende de que consiga reagruparse.

Camina con un cuidado extremo. Va de un árbol a otro, pero solo se mueve después de inspeccionar minuciosamente el follaje en las alturas. Puede haber un francotirador aguardando en cualquier árbol. No necesita moverse en silencio. El estruendo de los obuses y el tableteo de las ametralladoras son ensordecedores. A cincuenta metros delante de él, una duna se eleva varios metros sobre el nivel que pisa. Debe escalarla con cuidado y ver qué hay del otro lado. Cuando cree que es seguro el avance, corre hacia la duna, la escala y se arroja al piso. Se esconde dentro de un ramaje y mira hacia atrás. No hay movimiento humano en su retaguardia. Se asoma con cuidado sobre la cresta de la duna. El bosque continúa en una prolongada pendiente. Nada se mueve. A cien metros a su izquierda divisa una construcción de madera. Parece una choza. Podría servirle de refugio hasta que logre reagruparse. Otros soldados que consigan atravesar la playa buscarán también refugio allí no bien la vean. Aguarda unos minutos antes de iniciar la corrida hacia la choza. Cuando se convence de que es seguro el intento, emprende una veloz carrera hasta la construcción. Cuando llega, se pega a una de las paredes y trata infructuosamente de

escuchar ruidos en el interior. La rodea con movimientos cautelosos. Quiere encontrar una ventana para mirar dentro, pero la choza tiene los postigones cerrados y ha perdido parte del techo. Le parece deshabitada. Un obús surca el cielo silbando y va a estallar unos doscientos metros más adelante. Enseguida pasan dos más. Al minuto, el bombardeo es interminable. Se da cuenta de que los buques aliados están apoyando la invasión y lanzan fuego de morteros para impedir que la infantería alemana llegue a la playa. No duda un instante. Corre hacia la entrada, da un violento empujón a la puerta, que cede sin resistencia, y cae de bruces dentro de la choza. Levanta la vista y se paraliza. Un soldado alemán lo mira sorprendido. Tiene su fusil en la mano, pero tiembla como una hoja. Es casi un niño. Igual que él. *"Benjamín, ¿vas a matar muchos alemanes...?"*. Por instinto, levanta su arma y le apunta. De momento, amenazan dispararse. Ambos tiemblan. *"No, Tommy, no mataré a ninguno. No podría matar a alguien..."*. Los dos soldados se miran a los ojos. No se hablan, pero piensan lo mismo. Están en un lugar en el que no querían estar y recibieron un entrenamiento para hacer lo que nunca quisieron hacer. Los dedos abandonan los gatillos y los cañones de los fusiles empiezan a buscar el suelo...

Dos soldados aliados entran a la carrera en la choza. Ven a su compañero en el suelo y al soldado enemigo parado frente a él con el fusil, apuntando. Hay tres movimientos instintivos. Hay tres disparos simultáneos. El alemán cae de espalda contra la pared, suelta el fusil y se desploma. Uno de los soldados corre hacia el cuerpo del enemigo sin dejar de apuntarle. El otro se hinca junto al compañero. Al fin, los dos soldados se reúnen, uno dice:

—El alemán está muerto.

—El nuestro también —responde el otro.

